

aquella soledad, en el fondo de los desiertos, saliendo de aquella suerte de las mudas piedras, acumuladas por los terremotos, por los bárbaros y por el tiempo. Sobrecogidos quedamos todos, y acompañamos con las aspiraciones de nuestro pensamiento, de nuestra oracion y de toda nuestra poesía interior, los acentos de aquella santa poesía hasta que las letanías cantadas apuraron su monótono estribillo, y se apagaron los últimos suspiros de aquellas piadosas voces en el acostumbrado silencio de aquellas antiguas ruinas.



La misma fecha.

Los templos nos han hecho olvidar el djerid que queria darnos el príncipe de Balbek; toda la mañana hemos pasado recorriéndolos de nuevo. A las cuatro, han venido algunos Arabes á avisarnos que los ginetes estaban en el llano contiguo á los templos, pero que impacientes por nuestra tardanza iban á retirarse; que el príncipe creia que aquel espectáculo no era de nuestro agrado pues diferiamos acudir á él, y que nos

suplicaba que subiésemos á su serrallo luego que hubiésemos satisfecho nuestra curiosidad, pues nos preparaba en su palacio otra diversion. Aquella tolerancia del caudillo de una tribu ferroz de los Arabes mas temidos de aquel desierto nos admiraba. En general, los Arabes y aun los mismos Turcos no permiten á los estrangeros visitar solos ninguna ruina de antiguos monumentos; creen que estas ruinas encierran inmensos tesoros guardados por los genios ó los demonios, y que los Europeos conocen las palabras mágicas con que se descubren; y como no quieren que se los lleven, observan la mayor vigilancia sobre los Francos en estos paises; nosotros, por el contrario, estábamos enteramente abandonados á nosotros mismos; ni siquiera teniamos con nosotros un guia árabe, y los hijos de la tribu se habian apartado por respeto. No sé en qué consiste esta respetuosa deferencia del emir de Balbeken esta circunstancia; acaso nos toma por emisarios de Ibrahim-Bajá; lo cierto es que somos harto poco numerosos para inspirar temor á una tribu entera de quinientos á seiscientos hombres acostumbrados á pelear y á vivir del fruto de sus rapiñas, y sin embargo no se atreven á acercarse á nosotros, ni á hacernos preguntas ni á oponerse á ninguno de nuestros pasos; podiamos quedarnos un mes en los templos,

hacer escavaciones, llevarnos los mas preciosos fragmentos de aquellas esculturas sin que nadie se opusiera á ello. Mucho siento, como en el mar Muerto, no haber sabido de antemano la disposicion de estas tribus con respecto á nosotros, pues hubiera traído obreros y camellos de carga y enriquecido la ciencia y los museos.

Fuimos, á la salida de los templos, al palacio del emir. Un intervalo de ruinas desiertas, pero menos importantes, separa la colina de los grandes templos, ó el Acrópolis de Balbek, de la nueva Balbek habitada por los Arabes. Esta no es mas que una aglomeracion de miserables paredones mil veces derribados en continuas guerras; la poblacion se ha hospedado como ha podido en las cavidades formadas por tantas ruinas; algunas ramas de árboles, algunos techos de paja cubren aquellas viviendas, cuyas puertas y ventanas suelen cerrarse con pedazos de obras artísticas admirables.

El espacio ocupado por estas ruinas de la ciudad moderna es inmenso; se estiende á cuanto alcanza la vista y blanquea dos colinas bajas que ondean sobre el gran llano; el efecto es triste y duro. Estas modernas ruinas recuerdan las de Atenas, que ví un año antes. El color blanco crudo y mate de aquellas paredes caidas por el suelo y de aquellas piedras diseminadas, no tie-

ne nada de la magestad del color dorado de las ruinas verdaderamente antiguas; aquello se parece á una inmensa playa cubierta por la espuma del mar. El palacio del emir es un patio bastante espacioso, rodeado de construcciones de diferentes formas, presentando un conjunto bastante parecido al patio de un miserable cortijo de una de nuestras provincias mas pobres; algunos Arabes armados guardaban la puerta, á la que se agolpaba la multitud para entrar; los centinelas nos abrieron paso y nos introdujeron. El patio estaba ya ocupado por todos los caudillos de la tribu y por una gran muchedumbre de pueblo; el emir y su familia, igualmente que los principales jeques, cubiertos de castanes y albornoces magníficos, pero llenos de girones, estaban sentados en un tablado elevado encima de la multitud y contiguo al edificio principal: detras de ellos habia cierto número de servidores, de hombres armados y de esclavos negros. El emir y su comitiva se levantaron al acercarnos; ayudáronnos á escalar algunas enormes gradas formadas con piedras irregulares que servian de escaleras para subir al tablado, y despues de los usados cumplimientos, el emir nos hizo sentar en el divan á su lado; me trajeron una pipa y empezó el espectáculo.

Una música compuesta de tambores, de tam-

boriles, de agudos pífanos, y de triángulos de hierro que golpeaban con una varita del mismo metal, dió la señal: cuatro ó cinco actores, vestidos del modo mas grotesco, unos de hombres, otros de mugeres, se adelantaron hasta en medio del patio y ejecutaron las danzas mas estrañas y lascivas que pueden imaginarse. Mas de una hora duraron aquellas monótonas danzas, interpoladas de vez en cuando con algunas palabras, ademanes y mudanzas de trages, que parecian denotar una intencion dramática, pero lo único inteligible era la horrible y asquerosa depravacion de las costumbres públicas, indicada por los movimientos de los bailarines. Volví los ojos á un lado, y aun el mismo emir parecia que se avergonzaba de aquellos escandalosos placeres de su pueblo, y hacia, como yo, ademanes de desprecio, pero los gritos y los aplausos del resto de los espectadores se alzaban siempre en los momentos en que se revelaban las mas sucias obscenidades en las figuras del baile, y recompensaban á los actores.

Estuvieron estos bailando de aquel modo hasta que, rendidos de cansancio é inundados de sudor, no pudieron ya soportar la rapidez cada vez mayor de la medida, y cayeron al suelo, de donde los sacaron en brazos. Las mugeres no asistian á aquel espectáculo, pero las del emir, cuyo

haren daba sobre el patio, disfrutaban de él desde sus cuartos, y las veiamos por entre los enrejados de madera agolparse á las ventanas para mirar á los bailarines. Trajéronnos los esclavos del emir sorbetes y dulces de toda especie, como tambien bebidas esquisitas, compuestas de zumo de granada y de azahar helado en copas de cristal; otros esclavos nos presentaban, para limpiarnos los labios, servilletas de muselina bordada de oro. Tambien nos sirvieron café y pipas varias veces. Conversé media hora con el emir, y me pareció hombre de seso y de talento, muy superior á la idea que habian podido darme de él los groseros placeres de su pueblo: es un hombre de sobre cincuenta años, de hermoso rostro, de modales nobilísimos, y muy cortes y solemne, cosas todas que el último de los Arabes posee como un don del clima, ó como la herencia de una antigua civilizacion. Su vestimenta y sus armas eran singularmente magníficas. Sus admirables caballos andaban diseminados por los patios y el camino; me ofreció uno de los mas hermosos, y me preguntó con la mas delicada discrecion acerca de la Europa, de Ibrahim, y del objeto de mi viage en medio de aquellos desiertos; respondíle con una afectada circunspeccion, que pudo hacerle creer que en efecto llevaba algun otro objeto que el de visitar

colinas y escombros. Ofrecióme toda su tribu para acompañarme á Damasco, atravesando la cordillera desconocida del Anti-Líbano, que yo quería reconocer. Solamente acepté algunos ginetes para que me sirviesen de guías y de proteccion, y me retiré acompañado por todos los jeques, que nos siguieron á caballo hasta la puerta del obispo griego. Dí la orden de la partida para la mañana siguiente, y pasamos la tarde conversando con el venerable huesped á quien íbamos á dejar; algunos centenares de piastras que le dejé de limosna para su grey, pagaron la hospitalidad que de él habíamos recibido. Tuvo la bondad de encargarse de despachar un camello cargado con algunos fragmentos de escultura que yo deseaba llevar á Europa, comision que desempeñó fielmente, y, á mi vuelta á Siria, me hallé con aquellas preciosas reliquias que habian llegado antes que yo á Berut.



54 de marzo 1855.

Salimos de Balbek á las cuatro de la mañana. La caravana se compone de nuestro ordinario número de camelleros, de Arabes, de criados, de escolta, y de ocho ginetes de Balbek, que van

á doscientos ó trescientos pasos delante de la caravana: empieza á amanecer en el momento en que trasmontamos la primera colina que sube hácia la cordillera del Anti-Líbano; toda esta colina está surcada por inmensas y hondas canteras de donde han salido los prodigiosos monumentos que acabamos de visitar. El sol empezaba á dorar sus cimas, y brillaban bajo nuestros pies, en el llano, como rocas de oro: no acertábamos á separar de ellos nuestras miradas; veinte veces nos paramos antes de perderlos enteramente de vista; — enfin desaparecen para siempre bajo la colina, y no vemos ya, mas allá del desierto, mas que las negras ó nevadas cumbres de las montañas de Trípoli y de Latakíé que se desvanecen en el firmamento.

Las montañas, poco elevadas al principio, que atravesamos, estan enteramente peladas y casi desiertas. El suelo, en general, es pobre y estéril; la tierra, donde está cultivada, es de color rojo. Hay lindos valles, de suaves declives, por donde el arado podria pasar sin obstáculo. No hallamos ni viageros, ni aldeas, ni habitantes hasta cosa de mediodia. Hacemos alto bajo nuestras tiendas, á la entrada de una profunda garganta por donde corre un torrente, en seco á la sazón. Hallamos bajo una peña un manantial de agua abundante y deliciosa, de que llenamos los

cántaros colgados de las sillas de nuestros caballos. Despues de dos horas de descanso, nos ponemos en marcha.

Costeamos, por un rápido y escarpado sendero, la falda de una alta montaña de roca pelada, por espacio de sobre dos horas. El valle, que se abre cada vez mas á nuestra derecha, está surcado por un ancho cauce de rio sin agua. Una montaña de roca gris, y completamente pelada, se alza al otro lado, como una pared perpendicular: — empezamos á bajar hácia la otra embocadura de aquella garganta. Dos de nuestros caballos, cargados de bagage, ruedan en el precipicio; los colchones y las alfombras que llevan encima amortiguan la violencia del golpe, y logramos sacarlos sin lesion notable. Nos acampamos á la salida de la garganta junto á un manantial escelente. — Noche pasada en medio de aquel laberinto desconocido de las montañas del Anti-Líbano: las nieves no están ya mas que á cincuenta pasos sobre nuestras cabezas. Nuestros Arabes han encendido una fogata de retama, bajo una gruta, á diez pasos de la loma donde está plantada nuestra tienda. El resplandor de la hoguera atraviesa la lona é ilumina el interior de la tienda, donde nos refugiamos huyendo del frio. Los caballos, aunque cubiertos de sus *libets*, manta de fieltro, relinchan de

dolor. Toda la noche estamos oyendo á los ginetes de Balbek y á los soldados egipcios que gimen bajo sus capas; y aun nosotros mismos, aunque cubiertos de una capa y de una manta muy tupida, no podemos soportar la impresion de aquel aire helado de los Alpes. Montamos á caballo á las siete de la mañana, con un sol resplandeciente que nos hace irnos quitando sucesivamente las capas y los castanes. Pasamos á las ocho, en una llanura muy elevada, por un poblachon árabe, cuyas casas son grandes, y cuyos patios estan llenos de ganado y de aves, como en Europa. No nos detenemos en él, porque aquel pueblo es enemigo del de Balbek y de los Arabes de Siria; compónenle unas tribus casi independientes, que tienen mas analogia con las poblaciones de Damasco y de la Mesopotamia. Parecen ricas y laboriosas; todas las llanuras al rededor del pueblo estan cultivadas. Vemos hombres, mugeres y niños en los campos. Aran con bueyes. Encontramos al paso jeques ricamente montados y equipados, que van ó vienen de Damasco; su fisonomía es áspera y feroz; nos miran con malos ojos y pasan de largo sin saludarnos. Los muchachos nos gritan denuestos. En una segunda aldea, á dos horas de la primera, compramos á duras penas unas gallinas y un poco de arroz para la comida de la caravana; nos acampamos,

á las seis de la tarde, en un campo elevado encima de una garganta de montañas que baja hácia un rio que vemos brillar á lo lejos; un pequeño torrente corre saltando por la garganta, y en él damos de beber á los caballos. Todavía es allí duro el clima : delante de nosotros, en la embocadura de la garganta, se alzan unos picos de peñascos, agrupados en pirámides, y se pierden en el cielo. Ninguna vegetacion hay en aquellos picos : el color gris ó negro del peñasco contrasta con la espléndida limpidez del cielo en que se pierden.

1 de abril 1835.

Montamos á caballo á las seis de la mañana.— Día hermosísimo. — Caminamos todo el día, sin parar, entre unas escarpadas montañas, separadas solamente por estrechas gargantas donde ruedan torrentes de nieve derretida. — Ni un árbol, ni un musgo, se ven en las laderas de aquellas montañas : sus formas singulares figuran monumentos humanos. Una de ellas se alza inmensa y perpendicularmente tajada por todos lados, como una pirámide ; puede tener sobre una legua de circunferencia : no se puede descu-

brir como ha sido nunca posible subir á la cima; no hay resto alguno visible de senderos ni de escalones, y sin embargo en todas sus laderas hay cavernas de todos tamaños, abiertas por mano del hombre. Hay una multitud de celdas, grandes y chicas, cuyas puertas están labradas á cincel. Algunas de aquellas grutas, cuyas bocas se abren sobre nuestras cabezas, tienen unos pequeños terrados de rocas vivas delante de sus puertas : se ven restos de capillas ó de templos, columnas todavía en pié, sobre la roca : — parece aquello una colmena de hombres abandonada. Los Arabes dicen que los que han abierto aquellas cavernas son los cristianos de Damasco, y creo en efecto que esta es una de aquellas tebaidas donde se refugiaron los primeros cristianos en los tiempos de cenobitismo ó de persecucion. San Pablo habia fundado una grande iglesia, en Damasco, y aquella iglesia, por mucho tiempo floreciente, corrió los azares y sufrió las persecuciones de todas las demas iglesias de Oriente.

Dejamos esta montaña á nuestra izquierda y pronto á nuestra espalda. Bajamos rápidamente, y por precipicios casi intransitables, hácia un valle mas abierto y mas ancho, que llena un hermoso rio. En sus orillas vuelve á empezar la vegetacion ; — sauces, abedules, inmensos ár-